

## ***La historia detrás de una historia***

Hacía tiempo que había pasado la medianoche. En la redacción solo quedaba él. Las luces de los otros puestos de trabajo se habían apagado hacia mucho, el ligero rumor de los ventiladores de los numerosos ordenadores dejados en “stand by” eran los únicos ruidos que aún se sentían. Se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró. “¿Lograré entenderlo alguna vez?” era el pensamiento que le pasó por la cabeza. Desde hacía días se ocupaba de la historia de un francés que había fundado una orden religiosa en el siglo XIX. Rápidamente se había hecho en internet con las pertinentes informaciones, también se había leído un par de biografías, escritas casi exclusivamente por hermanos bienintencionados. Tenía desde hacía días a disposición la historia de este León Dehon, y habría podido publicarla ya al comienzo de la semana: hijo de padres burgueses de buena posición, se había sumergido en las cuestiones sociales del siglo XIX, se había ocupado de política, había fundado una Comunidad de personas que pensaban como él, había tenido que sufrir algunos contratiempos, procedentes de representantes de la Iglesia, pero también de algunos compañeros suyos, con el paso al siglo siguiente se había convertido en un hombre más tranquilo, con su Comunidad había superado la primera guerra mundial, y había muerto muy anciano. Seguramente una vida apasionante, de la cual se podía extraer una buena historia. Pero no una vida sensacional, como la de San Francisco, Gandhi o Martin Luther King. Sin embargo, lo que desde el inicio lo había fascinado, era el hecho de que millares de personas, de generación en generación, se había asociado a su Comunidad. Además, el caso no parecía agotarse. Naturalmente, y esto le parecía claro, no todos habían entrado en la Comunidad solo porque estaban entusiasmados por Dehon. Dehon había iniciado un movimiento que un siglo después existía aún. Vuelto a casa, había hablado con su chica, que le había hecho la misma pregunta que se hacía tiempo atrás y que no le daba paz “¿Por qué hizo todo esto?”.

Al comienzo había pensado ingenuamente que la lectura de los escritos de Dehon le habría dado la respuesta. Una mirada a la bibliografía le había convencido de lo contrario. No porque no entendiese la lengua en que estaban escritos los textos o que no comprendiese la piedad del siglo XIX. Dentro de la redacción del periódico era de hecho el especialista de los temas de la época. Sin embargo, cuando vio el elenco de los escritos, discursos, cartas..., renunció rápidamente. En la vida privada y profesional de León Dehon debían existir otros temas... Por desgracia, fue lo que se le dijo en la sede central de la Orden, no existía un opúsculo de diez páginas en el que el Padre Dehon hubiese escrito lo que le había animado y lo que parecía animar también a muchas otras personas. A Pierre, le vinieron a la mente palabras como “Dios” o “la fe”, pero no le parecían palabras suficientes. Quería saber qué significaba verdaderamente Dios para aquel hombre y qué fe, Dios había inculcado en él para vencerlo para seguirle. Se daba cuenta de tener una actitud enfrentada. Se preguntó si alguna vez hubiese permitido a un extraño esta injerencia tan profunda en su vida. Cien años después de mi muerte, se dijo, quizás sí.

Llegó un nuevo e-mail desde Roma. No podían darle ningún texto completo a propósito de la experiencia de fe del fundador de la Orden, pero le podía mandar un dossier con escritos de Dehon relativos a los textos bíblicos que más amó y que ocupaban aún un puesto particular en el documento de base de la Comunidad, las Constituciones de la Orden. Tras una breve reflexión, Pierre pidió el envío de estos escritos; de hecho, no quería escribir una tesis de teología, sino simplemente conocer la fuente de la que había manado un torrente tan impetuoso.

Al terminar su horario de trabajo, se había quedado muchas horas a reflexionar sobre los 110 textos que le habían mandado y que trataban de dos únicos versículos de la carta de Pablo a los Gálatas.

*“En realidad mediante la ley yo estoy muerto a la ley, para vivir para Dios. He sido crucificado con Cristo y no soy más yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida que*

*vivo en la carne yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se dio a sí mismo por mí*  
(1).

Pierre había leído bastante, cerró los ojos. No solo para reponerse, sino también para escuchar qué palabras eran más pronunciadas en aquellos escritos. El resultado fue inmediato y claro: “*me amó*”. Por todas partes resonaba esta expresión, así dominaba todos los textos que había leído. Pudo constatar que Dehon había escrito “*me amó*” más de 50 veces, parecía ser una especie de estribillo en su vida, Dehon la repetía con múltiples variantes y constituía ciertamente la más importante experiencia de su vida.

*“Me amó y se dio a sí mismo por mí (Ga 2, 20). Me amó hasta asumir la naturaleza humana, para hacer hermano mío, mi garante, mi Redentor. Me amó hasta hacerse mi preceptor con sus ejemplos, sus discursos, sus parábolas”* (2).

Repite continuamente “*me amó*”. Un hombre lleno de deseo de ser amado. Evidentemente, también un hombre que había hecho la experiencia. De las líneas que había leído, se podía deducir estupor, entusiasmo, alegría por lo que había entre Dios y Dehon, “*me amó*”.

Pierre volvió a abrir los ojos y se puso a mirar las fotos que había pegado cerca de la pantalla de su ordenador, en la pared que lo separaba de la siguiente oficina. Eran fotos que reflejaban a Dehon en varias fases de su vida, que Pierre había impreso tras haberlas descargado de internet. Cuando escribía sobre personas le parecía importante tener imágenes reales bajo los ojos. Su mirada se detuvo sobre un retrato fotográfico que se remontaba a los últimos años de la vida de Dehon: un hombre anciano, cabellos blancos, gafas a través de las cuales los ojos se dirigían directamente a quien observaba la foto, tranquilos, atentos, discretos. Pero sobretodo, una sonrisa apenas dibujada si bien muy evidente, no por casualidad la inscripción de la foto decía “Dehon smiling”. Pierre pensó que aquel “*me amó*” no era desesperada nostalgia, sino algo realmente vivido.

Pierre tenía la extraña impresión de una gran cercanía con este hombre desaparecido hacía tiempo. Apagó su ordenador, la luz de la oficina y se sumergió en la noche hacia su casa.

El día después Pierre se quedó de nuevo en su mesa de trabajo al final del horario de oficina. Estaba muy satisfecho de haber encontrado el estribillo que había marcado la vida de Dehon, que se refería a su cita preferida. Pero Pierre buscaba más que un estribillo, quería detalles. La palabra amor se usaba cada 10 minutos cuando escuchaba el programa musical de su emisora radiofónica preferida. Incluso hablando de sí mismo y de su novia habría normalmente hablado de amor. Pero el amor que Dehon había descubierto en aquel que llamaba Cristo, ¿qué era? La respuesta le vino de algo que en realidad no tenía nada que ver con los textos del dossier Gálatas - así definía Pierre los escritos relativos a la carta a los Gálatas. Antes de buscar este amor en los textos en los que Dehon describía el amor de Cristo, el estudio de las biografías de Dehon mostraban escenas de su vida: su compromiso con los jóvenes cuando era capellán en Saint-Quentin, su compromiso en favor de los derechos de los trabajadores, en favor de un justo orden social... todo esto, Pierre estaba convencido, no podía ser solo sentido del deber, no solo ideología, sino que debía ser consecuencia del amor que Dehon había vivido, una imagen refleja, una continuación, o algo parecido. ¿Era éste el sentido que Dehon había dado a la frase ... “*se dio a sí mismo por mí*”?

*“el corazón de Jesús, el amor de Jesús, es todo el Evangelio. Jesús vino a la tierra por amor a Su Padre y por amor hacia nosotros. El Evangelio es la vida de Jesús, es la narración de esta gran manifestación de amor que duró treinta y tres años.... En el Evangelio no se debe buscar otra cosa que nos sea el amor de Jesús, desde su encarnación hasta su muerte. El Hijo de Dios nos amó hasta darse a sí mismo por nosotros (Ga 2, 20). El Verbo se encarnó, por amor*

*por nosotros... Vivió en la pobreza y en el trabajo, siempre por amor. Predicó, curó enfermos, consoló afligidos, organizó su iglesia, siempre por amor a nosotros. Habiéndonos amado siempre, nos amó aún más, si es posible, hasta el final de su vida (Jn 13, 1) sufriendo y muriendo por nosotros” (3) (pp. 447-448) (4).*

Pierre se detiene en la lectura. Siente que está llegando a un momento crucial. De improviso Dehon ya no habla solo de amor del Señor, sino de sufrimiento y de muerte. Pierre recuerda las numerosas representaciones de la cruz que ha visto en iglesias, caminos, casas. Representaciones atroces de una muerte violenta. Nunca le gustaron, más bien lo habían disgustado. Obtener algo positivo de ahí le parecía algo muy peculiar. Claramente Dehon pensaba sobre esto de modo muy diferente. Para él, morir por amor formaba parte de la vida vivida por amor: *“Es a los pies de la Cruz donde amo meditar sobre el misterio de la salvación” (5).*

Pierre relee los escritos relativos a la carta a los Gálatas, que le habían sido enviados desde Roma. Conocía bien el estribillo “me amó” y comenzaba a entender el tallado del pensamiento de Dehon a propósito de “se dio a sí mismo por mí”. Dehon parecía usar sin hacer distinciones las palabras Cristo – Amor – Sagrado Corazón.

La mirada de Pierre vuelve a las fotos fijadas cerca de su ordenador. En una de ellas, Dehon, ahora ya anciano, está de rodillas, las manos juntas en oración. Tiene la mirada dirigida a una imagen de Jesús, que se encuentra a pocos centímetros de distancia. A la altura de los ojos de Dehon no está el rostro de Jesús, sino su corazón que está representado circundado de rayos. No hay nada más en la foto, solo ellos dos, tú a tú. Este estar juntos recordó a Pierre uno de los textos escritos por Dehon a propósito de la lectura a los Gálatas:

*“Haz tu morada en mi corazón, vivirá de la vida de un Hombre-Dios. No serás ya tú (Ga 2, 20). Un solo corazón, es el ideal de la unión, lo harás todo conmigo. A través de esta unión se encuentra la alegría y la fuerza” (6).*

Pierre había contado 40 referencias de Dehon al versículo *“ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí” (7)*. Era mucho más que el estar frente a frente que había visto en la foto; en el hablar de sus relaciones con Jesús, Dehon no usa la palabra comunión, sino que habla de unión. Pierre está sorprendido: la palabra unión lo hace pensar en sí mismo con su chica, con lo que la palabra comporta también en términos de unión física. En realidad, también para Dehon, su relación con Jesús tenía algo de muy íntimo: amistad, familiaridad, intimidad, palabras que a las que recorre muy a menudo en sus escritos *“hasta un lazo tan estrecho y una tan gran familiaridad, que hace parecer que el hombre exterior así como el hombre interior no haya otra vida fuera de la de Jesucristo: vivo, o mejor, ya no soy yo quien vivo, sino Cristo quien vive en mí (Ga 2, 20) (8)*. Era un mundo totalmente extraño, aquel en el que había entrado Pierre. Un movimiento de rebelión se despierta en él; ¿qué puede quedar de un ser humano que renuncia así a sí mismo y que se entrega totalmente a otro? ¿Y qué tiene que ver con el amor el hecho de que otro se adueñe de mí? ¿Tenía Dehon quizás tan mala opinión de sí como para renunciar a ser él mismo? Pierre sabía bien que aquellos eran pensamientos y objeciones suyas y no de Dehon. En realidad, en los textos relativos a la carta a los Gálatas no había encontrado ni siquiera una línea en la cual Dehon mostrase desprecio frente a sí mismo. Se entendía por otra parte que le parecía mucho más importante convertirse en un hombre nuevo a través de la unión con Jesús. *“Revestíos de Jesucristo, revestíos del hombre nuevo (Ef 4, 24). De Jesús, es preciso tomar sus sentimientos, sus palabras, su vida luminosa... Vivo, pero ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí (Ga 2, 20)” (9)*. Naturalmente, pensaba Pierre, las perspectivas para Dehon derivadas de esta unión eran sin duda positivas: la participación en el amor. Pero a Pierre no le parecía de hecho que Dehon se dedicase al sentimentalismo y quisiese permanecer en un lugar de amor a solas con su Señor. Su vida y su compromiso hablaban

un lenguaje muy diferente, como por otra parte se podía decir también para la vida y el compromiso de Jesús. Esto se le reconoce a Dehon: si había unión, si había un hombre nuevo, esto no lo era solo en los sentimientos sino también en el pensamiento, en la acción y en la actitud frente a los otros. Y, siempre comentando la carta a los Gálatas, Dehon escribe:

*“Esta caridad divina provoca en nosotros un doble amor: el amor de reconocimiento para Dios y el amor de devoción para el prójimo que es así querida a Dios. Este doble amor es la fuente de las mayores ventajas sociales y económicos, es un hecho que debemos reconocer”* (10).

Pero cómo, en el nombre del Señor, se podía actuar esta unión tan habitualmente citada por Dehon, se preguntaba Pierre, no podía ciertamente caer simplemente del cielo. De nuevo Pierre mira la foto que porta a Dehon y la estatua de yeso de Jesús con el corazón circundado por rayos.

*“Sigamos a Jesús, vayamos detrás, contemplándolo, imitándolo, inspirándonos siempre en los sentimientos de su Corazón: Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Fil 2, 5). Si lo buscamos, si le servimos, si lo amamos, él no permanecerá insensible. Vendrá más íntimamente en nosotros, hará su morada y lo tomará todo en sus manos. Vivirá en nosotros (Ga 2.20)”* (11).

Dehon probaba este deseo de relación íntima, seguía todo el gran camino de Jesús, tenía enorme confianza en el hecho de que también Jesús deseaba esta unión, pero de cada línea del dossier sobre la carta a los Gálatas era claro que era Jesús mismo quien, al final, le concedía el don de esta unión.

Al final, Pierre examinó la conclusión de su historia. Se trataba de la necrológica que había escrito Georges Goyau pocos días después de la muerte de Dehon. Goyau no era un hermano, era un intelectual católico comprometido que había trabajado con Dehon. Apenas lo había leído, Pierre lo había considerado una excelente conclusión para su artículo. Después de lo que la carta de los escritos a propósito de la carta a los Gálatas le había dado de Dehon, aquellas palabras le parecían fascinantes y perfectamente pertinentes para describir al fundador de la Orden.

*“Me parecía sentir aún al Padre Dehon, en la época de Val des Bois, desarrollar, frente a los jóvenes clérigos y a los jóvenes laicos, las grandes líneas de la doctrina pontificia y deducir las enseñanzas que se desataban por sus energías. Su aspecto era altivo y su teología rigurosa, pero inmediatamente, apenas hablaba, sobre sus labios afloraba la ternura del amor que era alimentada, en sus cotidianas meditaciones, por la constante contemplación de otra ternura, la ternura del Hombre-Dios. Antes de nada, en cuanto apóstol social, era el discípulo del corazón que había tenido piedad”* (12).

(1) Gal 2, 19-20

(2) OSP III/460

(3) OSP 5/447

(4) OSP 5/445s.

(5) NQT 1/376

(6) RSP 20

(7) Gal 2, 20°

(8) OSP 5/362

(9) MND, p. 720

(10) OSC IV/650

(11) OSP 4/183

(12) La Libre Belgique, 9.11.1925, AD Inv-Nr 0068406